



El devorador de calabazas



Penelope Mortimer

Traducción del inglés a cargo de
Magdalena Palmer



IMPEDIMENTA



Título original: *The Pumpkin Eater*

Primera edición en Impedimenta: septiembre de 2014

Copyright © 1962 by the Estate of Penelope Mortimer

All rights reserved.

Copyright de la traducción © Magdalena Palmer, 2014

Copyright de la presente edición © Editorial Impedimenta, 2014

Benito Gutiérrez, 8. 28008 Madrid

<http://www.impedimenta.es>

La traducción de este libro se rige por el contrato tipo propuesto por ACE Traductores.

Diseño de colección y coordinación editorial: Enrique Redel

ISBN: 978-84-15979-36-4

Depósito Legal: M-24054-2014

IBIC: FA

Impresión: Kadmos

Compañía, 5. 37002, Salamanca

Impreso en España

Impreso en papel 100% procedente de bosques gestionados de acuerdo con criterios de sostenibilidad.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*Pedro Comecalabazas
tenía una mujer
que no podía retener.
En una calabaza la metió
y allí muy bien la conservó.*

Para John

—Bien —dije—, lo intentaré. Intentaré sinceramente ser sincera con usted, aunque supongo que lo que más le interesa es cuando no soy sincera, no sé si me entiende.

El médico sonrió un poco.

—Cuando yo era niña, mi madre tenía un cajón para la lana. Era el último de una cómoda que había en el comedor y allí guardaba todos los restos de punto que tenía. Ya sabe, retales antiguos, jerséis que había tejido cuando yo tenía dos años. Algunos apenas medían unos centímetros. Pues bueno, el cajón estaba repleto de lana de todos los colores y, en las tardes de lluvia, mi madre siempre me hacía ordenarlo. Está clarísimo por qué le cuento esto. Ordenar el cajón era inútil; esa lana no servía para nada. Ni un cubreteteras se podía tejer con ella, a menos que se tuviese una paciencia infinita. Mi madre solo me obligaba a ordenarlo para darme

algo que hacer, como los presos que cavan zanjas y luego las vuelven a llenar. Sabe a qué me refiero, ¿verdad?

—A usted le gustaría ser algo útil —dijo él con tristeza—, como un cubreteteras.

—No puede ser tan fácil.

—Oh, no. No es fácil, para nada. Pero se pueden hacer otras cosas con la lana.

—¿Como qué?

—Fundas para las bolsas de agua caliente —propuso el médico de inmediato.

—No usamos bolsas de agua caliente. Pueden hacerse pelotas, para los bebés. O muñequitos.

—¿Lo que intenta decirme es que ordenar la lana es una tarea inútil y probablemente imposible?

—Sí.

—Pero usted es un ser humano. Las consecuencias de su... *desorden* son más graves. La comparación, como ve, no es pertinente.

—Pues así es como me siento —dije yo.

—Cuando llora, ¿es así como se siente? ¿Inútil?

—Solo quiero abrir la boca y llorar. Quiero llorar, sin pensar en otra cosa.

—Pero no puede pasarse el resto de su vida llorando.

—No.

—No puede pasarse el resto de su vida preocupada.

—No.

—¿Qué le preocupa, señora Armitage?

—El polvo.

—¿Qué?

—El polvo, ya sabe. El polvo.

—Ah. —El médico escribió algo en una hoja grande de papel. Luego se recostó, unió las manos y dijo—: Cuéntemelo.

—Es muy fácil. Jake es rico. Gana unas cincuenta mil libras al año, supongo que a eso se le puede llamar ser rico. Pero en casa todo está lleno de polvo.

—Siga, por favor.

—En parte es por las obras, claro. No paran de derribar edificios a nuestro alrededor, así que algo de polvo es de esperar. Mi padre compró el arrendamiento de la casa cuando nos casamos, eso fue hace trece años.

—Llevan trece años casados —dijo el médico, que seguía tomando notas.

—Con Jake, sí. Quedaban trece años de usufructo cuando mi padre lo compró. Lo compró por mil quinientas libras y nosotros a cambio le pagamos un alquiler nominal, ya ve qué suerte tenemos. Pero bueno, yo intentaba explicarle lo del polvo.

—De modo que el contrato acaba este año.

—Supongo... Estamos construyendo una torre en el campo.

—¿Una torre?

—Sí.

—Quiere decir... ¿una casa?

—No. Una torre. Bueno, supongo que podría llamarse «casa», pero es una torre.

Él dejó el bolígrafo en la mesa con cuidado, con las dos manos, como si fuera algo muy frágil.

—¿Y dónde está esa... torre? —preguntó.

—En el campo.

—Eso ya lo sé, pero...

—Está en una colina. Valle abajo hay un granero donde yo vivía antes de casarme con Jake. Fue allí donde nos conocimos. Ahora podemos retomar lo del polvo porque...

—Por supuesto —dijo él, cogiendo de nuevo el bolígrafo.

Intenté pensar. Me quedé mirando su silueta recortada en los visillos de la ventana. Oí el tic-tac del reloj y el siseo de la chimenea de gas.

—He olvidado lo que iba a decir.

Él esperó. El reloj siguió con su tic-tac. Me puse a mirar el fuego.

—Jake no quiere más hijos —dije.

—¿Le gustan los niños, señora Armitage?

—¿Cómo cree usted que voy a contestar a esa pregunta?

—Puede que sea una pregunta que no le apetece contestar.

—Creí que iba a echarme en un diván y que usted no abriría la boca. Esto se parece cada vez más a la Inquisición. ¿Pretende hacerme sentir mal? Porque eso ya sé hacerlo yo sola.

—¿Cree que estaría mal que no le gustasen los niños?

—No sé. Sí... Sí, eso creo.

—¿Por qué?

—Porque los niños no hacen ningún daño a nadie.

—Directamente, quizá no. Pero indirectamente...

—A lo mejor es que usted no tiene hijos.

—Oh, sí. Tres. Dos chicos y una chica.

—¿Cuántos años tienen?

—Dieciséis, catorce y diez.

—¿Y le gustan?

—Casi siempre.

—Bien, pues lo mismo digo yo. Me gustan. Casi siempre.

—Pero usted tiene... —Eché un vistazo a su lista y se conformó con—: un número considerable de ellos. Parece disgustarle que su marido no quiera más. Eso no es típico de alguien a quien le gustan los niños *casi siempre*. Eso más bien suena a...

—¿Obsesión?

—Yo no usaría esa palabra. *Convicción*, quizá, sería la que más se acerca.

—Creí que iba a echarme en un diván y hablar de lo primero que se me ocurriese...

—No soy psicoanalista, señora Armitage. Solo quiero averiguar cómo debemos tratarla.

—¿Tratarme para qué?

—Todavía no lo sabemos, ¿verdad?

—¿Por querer más hijos? ¿Es por eso que Jake me ha enviado a que le vea? ¿Quiere que usted me convenza de que no tenga más hijos?

—No estoy aquí para convencerla de nada. Recuerde que ha venido por su propia voluntad.

—En ese caso, lo hago todo por mi propia voluntad. Llorar, preocuparme por el polvo... ¡Hasta tener hijos! Pero usted no me cree, ¿verdad?

—No estoy aquí para creerla, señora Armitage. Esa no es la cuestión.

—No para de decirme que no está aquí para esto ni para aquello. Entonces ¿para qué está aquí?

—Quizá —me dirigió otra de sus lánguidas sonrisas— para descubrir por qué me detesta tanto en este momento.

No me refiero a mí, personalmente. Pero usted detesta algo, ¿verdad?... Además del polvo.

—¿Eso no nos pasa a todos?

—¿Qué fue lo primero que detestó usted? ¿Lo recuerda?

—No fue una cosa. Fue un hombre. El señor Simpkin...

—¿Sí?

—Y una chica que se llamaba... Ireen Douthwaite, cuando yo era una cría. Y una mujer llamada Philpot. No recuerdo...

—¿Y sus anteriores maridos?

—Oh, no. Ellos me gustaban.

—¿Y su actual marido..., Jake?

—¡No!

—Hábleme de Jake.

—¿Que le hable...?

—Sí. Adelante. Hábleme de Jake.

Sonaba como un desafío. Me eché a reír, extendí las manos y me las quedé mirando.

—Bien..., ¿qué... qué quiere saber?

—Lo que usted quiera contarme.

—Bueno, Jake... Es imposible hablar de Jake.

—Inténtelo.

Tomé aire. Sentí que podía abrir la boca y las palabras brotarían sin parar. Sentí que podía abrir mi corazón, descerrararlo, destaparlo literalmente. Ahora saldría la verdad. Toda la verdad. Me fui quedando sin respiración. No dije nada. Él esperó.

—La casa en que vivimos —empecé—. La sala da al sur, tiene unas ventanas enormes, de guillotina, y basta que haga un poco de sol para que la sala se convierta en un inverna-

dero, hace muchísimo calor. Y, claro, con el sol se ve más el polvo. Cuando la gente entra en la sala por primera vez, siempre dice que es una habitación preciosa, pero luego, pasado un rato, empieza a ver ciertas cosas. Casi siempre las mujeres, aunque también los hombres. Alguien escribió un artículo sobre Jake; dijo que él compraba libros, no yates. Bueno, la verdad es que no compra ni una cosa ni la otra. No compra nada. Lo que la gente nota son las quemaduras en la alfombra y las manchas de la pared. Jake bebe mucha cerveza de lata y ya sabe cómo salpica cuando se perfora la tapa. Y luego están los niños... Pues bien, nadie ha lavado esas paredes, a saber por qué, desde la última vez que las pintaron, hará unos dos años.

»Y es una habitación preciosa, desde luego. Me paso allí casi todo el tiempo; podría decirse que vivo allí. La conozco muy bien. Hay un cuadro a ese lado de la pared, ahí, justo al entrar, una cosa espantosa amarilla y verde, una de esas pinturas abstractas. Es de Jake. Aunque es el cuadro más horrendo del mundo, no nos deshacemos de él. También hay montones de revistas. Sencillamente no nos deshacemos de las cosas. Todavía guardamos en el trastero las bicicletas que nos trajimos del campo, y mira que han pasado años desde aquello. No sirven de nada. Y luego no tenemos sitio para poner las cosas nuevas.

»A lo que iba. Jake tiene un estudio en la planta baja; siempre solía escribir en ese estudio, en la época en que aún no se había mudado al despacho. Su despacho está en el barrio de St. James, ahora trabaja allí. Yo hace mucho que no voy. A Jake nunca le gustó trabajar en el estudio, se sentía solo. Siempre subía a hablar con alguien, con los

niños, o conmigo, o con quienquiera que estuviese en casa. Se preparaba cosas para comer, siempre tenía hambre, le gustaba estar en la cocina. Jake es hijo único, claro. Los dos lo somos. Tenemos ocho dormitorios, pero solo un cuarto de baño. No sé qué más contarle...

Siguió un largo silencio. Pensé que a lo mejor él se había dormido. Esa chimenea de gas dormiría a cualquiera; debería poner un cazo con agua delante.

—¿Sigo?

—Por favor.

—¿No es ya la hora?

—Solo si usted quiere.

—Debería poner un recipiente con agua delante de esa chimenea, ¿sabe?

—¿Le parece demasiado calurosa?

—El problema es que la gente tira las cerillas en el recipiente y se quedan flotando allí durante días. Luego el agua se seca.

—Usted detesta... la suciedad, ¿verdad?

—Sí, es algo que detesto.

—Le asusta.

—Puede que me asuste, sí.

—¿Era... —Eché una ojeada a su papel—, era sucio el señor Simpkin?

—Sí. Para mí era repugnante. ¿Eso le sirve?

Se levantó y se apoyó en su mesa como un orador de sobremesa.

—Creo que estamos avanzando —dijo.